

sura. ¿Será posible que alguna de tantas como vemos diariamente no haga alguna impresion en nosotros? ¿El demonio se dormirá, descuidando de valerse de un medio tan eficaz para excitarnos tentaciones vehementes? Responda nuestra conciencia á estas preguntas.

Lo mismo que decimos de la vista, es aplicable á los demas sentidos y diversiones. No es prohibido regalar alguna vez con moderacion el gusto. ¿Pero podremos andar de banquete en banquete llenándonos de licóres espirituosos, oyendo por lo regular palabras de galantería, sin que nuestra carne sienta el menor movimiento? No se necesita un milagro para que esto no suceda? Cansados con el trabajo buscamos el desahogo en la lectura de una historia divertida; pero si nos entregamos inmoderadamente á la lectura de novelas, aunque sean honestas, y nos llenamos la cabeza de escenas amatorias, ¿no será necesario otro milagro para que nuestra fantasia alguna vez no se acalóre y nos suscite alguna tentacion? No nos cansaremos en numerar las demas diversiones que halagan á nuestros sentidos, porque las aplicaciones que puedan hacerse, son tan claras, que no necesitan mas que de abrirles el camino, como se lo hemos abierto con lo dicho. Cerremos nosotros del mejor modo posible aquellos por donde pueda venir la tentacion, y vencidas éstas, marcharemos sin trabajo por la senda de la virtud.

DIA VEINTICINCO.

Stas. Febronia y Lucía vírgenes y mártires.

SANTA FEBRONIA.

En Sibápolis de la Siria, entré el tercero y cuarto siglo de la Iglesia, en tiempo de los emperadores Dioclesiano y Maximiano, había un monasterio de religiosas, cuya virtud edificaba aun á los mismos gentiles, y al que gobernaba como superiora la que tenia por nombre Briena. Esta habia criado desde su mas tierna edad á una sobrina suya llamada Febronia, objeto de la presente festividad, la cual habia tomado tambien el velo y consagrádose con los votos monásticos por esposa de Jesucristo. Habíala dotado el cielo de una hermosura muy singular; mas como ella siempre vi-

via en el retiro ocupada en las prácticas de su austera profesion, entregada constantemente á las mayores austeridades, deseando solamente agradar á Dios, nadie habia logrado verla, á pesar de las mayores diligencias que para este fin se habian hecho.

Sin embargo de este cuidado que ella ponía en ocultarse, y su tia en que no fuese conocida, una ilustre matrona llamada Hieria logró satisfacer su curiosidad, entrando al monasterio en calidad de monja forastera, y habiendo tratado con nuestra Santa, se quedó asombrada de reconocer que era mayor la hermosura, la pureza y la simplicidad prudente de la alma de Febronia, que toda la belleza corporal que la fama divulgaba de ella; y de tal suerte fué movida por sus dulces palabras, su modesto continente y las gracias celestiales que manifestaba en su conversacion, que Hieria, que era pagana y solo pensaba en los placeres del mundo, no solo se convirtió al cristianismo, sino que resolvió huir del siglo y entregarse toda al servicio de Dios; confesando despues haber debido la gracia de su conversion al incomparable mérito de aquella ilustre vírgen.

Poco tiempo despues estalló la persecucion del cristianismo con la llegada á Sibápolis del prefecto Lisimaco y su tio Seleno, comisionados para llevar al cabo los crueles edictos de Dioclesiano y su colega. Sumamente consternados los cristianos, huían por todas partes á guarecerse en los montes; el mismo obispo tomó esta resolucion por no abandonar á los fugitivos, y no pocas religiosas lo siguieron para ocultarse en su compañía. Entretanto, la prelada, Febronia y otras monjas, animadas del amor divino, y deseando derramar su sangre por su celestial esposo, permanecieron firmes en el monasterio sin el menor temor á ninguna clase de peligros.

Habiendo llegado á noticia de Seleno que se hallaban esas religiosas en su monasterio, mandó á una turba de soldados para que lo registrarán. Forzaron éstos la puerta, y entrando á los claustros, se les presentó la prelada, á quien iban á degollar, cuando arrojándose á ellos Febronia los contuvo, pidiéndoles fuese ella la primera víctima que sacrificaran. A ese tiempo entró Primo, general de las tropas, y admirado del valor y de la hermosura de la santa, contuvo á los soldados; los echó fuera y aseguró el monasterio; y dando parte á Lisimaco de la belleza de la don-

cella que habia visto, le rogó encarecidamente la tomase por esposa; pero Lisímaco, que era hijo de una cristiana, rehusó la propuesta, diciéndole que su madre lo habia instruido que las monjas no podian casarse por estar consagradas á Dios.

Oyó esta conversacion un soldado y la puso en conocimiento de Seleno, el cual, arrebatado de su ódio al cristianismo, hizo prender á Febronia y conducirla á su tribunal. Quedó conmovido á su presencia, y viéndola tan hermosa, se propuso ganar su corazon con los mayores halagos y promesas, hasta llegar á ofrecerle la mano de su sobrino Lisímaco. Todo fué inútil: la santa confesó con el mayor esfuerzo á Jesucristo; manifestó que jamas lo abandonaria por ningun hombre mortal; y viendo á Seleno que se acercaba á quitarle las cadenas con que se hallaba aprisionada, se resistió vivamente, diciéndole que aquel era el mejor adorno con que agradaba á su divino Esposo, al que no trocaria por ninguno de los reyes y emperadores de la tierra.

Enfurecido el tirano á vista de aquel heroismo, mandó despedazar el cuerpo de la tierna doncella con los mas crueles azotes; y como viesse que con aquel martirio nada conseguia, arrebatado de furor la hizo poner en una parrilla para que se fuera consumiendo á fuego lento. Horrorizada la concurrencia á vista de un espectáculo tan horroroso, en que se veia padecer á una muger de tan rara hermosura, se apartó de aquel lugar. Solo Febronia en medio de tan atroz suplicio, conservaba su serenidad, y su lengua se desataba únicamente en alabanzas al celestial Esposo que así la confortaba. El tirano, para hacerla callar, mandó le quebrasen los dientes con una piedra y que le cortasen los pechos; y viendo la admirable fortaleza con que ofrecia todos sus miembros á los verdugos, dió orden para que la degollasen; y habiéndose verificado esta sentencia, voló al cielo la pura alma de Febronia, adornada con la inmarcesible palma del martirio el dia veinticinco de Junio, al principiar el cuarto siglo de la era cristiana.

La ira de Dios descargó su espada sobre el tirano Seleno, quien perdiendo el juicio á poco tiempo, se quitó él mismo la vida, golpeándose la cabeza contra las paredes. Lisímaco y Primo tuvieron cuidado de recoger el cuerpo de la santa y darle honorífica sepultura; y habiendo abrazado algunos dias despues el cristianismo con otros muchos infieles, hicieron cesar la persecucion á los cristianos.

Santa Lucía.

En la invasion que padeció la Italia por los bárbaros en el siglo tercero de la Iglesia, el rey Auceya se apoderó de un monasterio de religiosas de la ciudad de Urbino, y encontrando en él una monja de singular talento y hermosura, llamada Lucía ó Luceya, la sacó de la clausura y se la llevó á sus dominios. Durante el viage, tomó el mayor empeño en conquistar su voluntad con el objeto de hacerla su esposa; pero un dia en que mas se esforzaba en convencerla á que aceptase su mano, la santa le manifestó con tal resolucion y energia la imposibilidad de darle gusto por hallarse consagrada á Dios, haciéndole presente lo que se esponsoria si trataba de violentarla, por hallarse defendida por un angel del Señor, que atemorizado el príncipe y creyendo que una muger cuya virtud le hacia erer la verdad no podia engañarlo, la apartó de su lado, señalándole una tienda en que viviese sola durante la caminata, servida únicamente de algunas personas de su sexo. Llegado á su reino, le puso casa por separado, donde Lucía se ocupaba en los ejercicios de su profesion monástica: con sus consejos ayudaba al rey en el mejor gobierno de sus súbditos; y con sus oraciones le alcanzó de Dios varias veces las mas señaladas victorias de sus enemigos. Así permaneció en la corte por veinte años, hasta que habiéndole revelado el Señor, que queria regresase á su patria para que recibiese la corona del martirio, lo avisó á Auceya, pidiéndole licencia para la marcha. Este, temeroso de ser vencido en la guerra, si se apartaba de aquella virtuosa muger, á la que veia como su ángel tutelar, no quiso separarse de su lado, y abandonando á su muger é hijos, emprendió el camino de Italia con ella.

Llegaron felizmente á Roma, donde habiendo reconocido á Lucía por cristiana y religiosa, la hizo prender el prefecto Elio, el que viendo la constancia con que confesaba la fé, la mandó degollar. En este acto se presentó al tribunal Auceya, y declarando su calidad, rogó al presidente no lo separase de aquella muger, pues como ella, confesaba á Jesucristo, y debia participar de igual pena. Atónito Elio, se retiró del pretorio; pero al volver á él se encontró con otros veinte y dos cristianos, que voluntariamente se

le presentaban, proclamando con valor su creencia, movidos del ejemplo de aquel generoso rey, y pidiendo ser sus compañeros en el suplicio. Tanta heroicidad, en vez de conmovér al tirano, lo enfureció en tales términos, que mandó que todos fuesen degollados; así se verificó, y el cielo recibió esas invictas almas, triunfadoras de la muerte y del gentilismo, el día 25 de Junio del año 280.

La epístola es del capítulo XXXI de la Sabiduría. (Proverbios.)

La fortaleza y el decoro son sus atavíos; y estará alegre en los últimos días. Abre su boca con sábios discursos, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Muchas son las mugeres que han allegado riquezas; pero tú te aventajaste á todas. Dadle el fruto de sus manos, y celebrense sus obras en presencia de los jueces.

El evangelio es del capítulo VI de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Antorcha de tu cuerpo son tus ojos: si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido. Que si lo que debe ser luz en tí es tinieblas, ¡las mismas tinieblas cuán grandes serán!

MEDITACION.

Sobre la grandeza de la humanidad de Cristo y de la bondad con que se nos dá.

Considera que las obras del hombre, como de un sér tan limitado y de tan poca potencia, son cortas, de poco alcance, y muy escasa intencion; pero las de Dios, en quien la inteligencia, la bondad y el poder son infinitos, deben ser, y son en efecto de suma perfeccion, plenitud de intencion, estension y efecto ilimitado. Mas si en todas las obras de Dios se vé esto, con mucha mas especialidad debe verse en la obra de las obras de Dios, que es la humanidad de Jesucristo; mucho mas cuando se trata de una obra, que aunque no es increada, sí es traída al sér de Dios, y tanto, que no es ni puede llamarse creatura. De esta humanidad, pues, debemos considerar que sin convertirse en puro espíritu, ni en pura y absoluta divinidad, esto es, sin dejar de ser humanidad, ó lo que

es lo mismo, verdadero hombre, se halla dotada de tales cualidades y tan particulares y excelentes perfecciones, que en ninguno de los hombres puedan encontrarse, y solo puedan concebirse, como son en realidad, efectos de la union hipostática y obras de la potencia absoluta y extraordinaria de Dios, esto es, de la omnipotencia ejercida en un órden sobrenatural, y sobre todo, lo que es estatuto comun y ordinario de la Providencia. ¿Qué es, si no, el tener de sí virtud para sanar y obrar maravillas y portentos? ¿Resucitarse por su propia virtud? ¿Tener un modo de estar todo maravilloso y misterioso, que llamamos sacramental y es propio solo de Cristo? ¿Y en este modo sacramental tener una como inmensidad, pues siendo en el estado natural uno solo el cuerpo animado de Cristo, por el sacramental está en este uno y mismo cuerpo, animado en innumerables partes, á un tiempo y de continuo? ¡Ah! ¿Que ésta es toda una obra de un Dios omnipotente!

Considera que si en sí misma considerada esta obra, se halla ser de tan suma excelencia, y hace brillar tanto la omnipotencia de Dios, en el fin é intencion con que la ha hecho, no es ménos admirable, ni hace resplandecer ménos la bondad divina. Hemos dicho que en las obras de Dios se encuentra plenitud de intencion, esto es, que llenan el fin último, y abrazan todos los objetos y fines santísimos y rectísimos, que son próximos é inmediatos, y se dirigen al fin último. Todas las cosas que hace Dios, las hace para su gloria, y no tiene ni puede tener otro fin último de sus operaciones que su bondad infinita; mas son hechas en beneficio del hombre, y abrazar á éste cómo á objeto que es de su amor y beneficencia, y abrazándolo así, llenan todos los fines subalternos ó secundarios, ennoblecéndolo, poniéndolo en libertad, purificándolo, enriqueciéndolo, alimentándolo, santificándolo y llenándolo de toda felicidad eterna y temporal. Tanto y mas es el provecho que sacamos bajo diversos aspectos y consideraciones de la sacrosanta humanidad de Jesucristo: don incomparable con que el Dios de bondad regala al hombre, para que de ella y en ella tenga todo su bien y felicidad.

PETICION Y PROPOSITOS.

¿Y cómo podré yo desconocer, divino Salvador mio, el bien inmenso que me prodigas, ya revelándome el dogma y en-

señándome la ley, ya dándoteme en ejemplar de toda virtud y bien obrar, ya muriendo por mí en una cruz y vertiendo tu sangre preciosísima real y misticamente, ya mereciéndome un nuevo ser de gracia, y por ella una corona de gloria inmarcescible, ya haciéndote mi Padre, mi Hermano, mi Abogado, mi Pontífice y soberano Mediador; ya, en fin, haciéndote mi medicina y mi alimento en la Hostia sacrosanta? Verdaderamente te has hecho para mí todas las cosas, y yo no puedo desear ni apetecer bien alguno que en tí no encuentre, tenga y posea de un modo el mas sublime y satisfactorio. Esto me hace conocer que yo debo renunciar á todo lo que no eres tú, Dios inmortal, humanado por tu gloria y mi bien. Así lo quiero y propongo, contando con tu gracia.

JACULATORIA.

Mi Dios y todas las cosas es para mí Jesus.

LECCION.

Sobre las palabras obscenas.

La honra y gloria de Dios y el provecho espiritual de nuestras almas, son el fin que nos hemos de proponer en todas nuestras acciones. La rectitud de nuestra intencion hace que nos sean útiles aun las obras á nuestro parecer mas indiferentes: la conversacion amena, la distraccion, el paseo, son cosas que á primera vista nada presentan de virtud; cuando mas podria decirse que no son pecaminosas, pero la religion, la caridad, que es como la piedra filosofal, que convierte en oro cuanto toca, torna en virtud y en mérito para nosotros esas acciones indiferentes. Comemos porque Dios nos manda conservar nuestra vida: nos vestimos porque Dios quiere que cubramos nuestra desnudez: dormimos, nos divertimos y recreamos para desahogarnos de la fatiga del trabajo, y recobrar nuestras fuerzas con objeto de desempeñar mejor las obligaciones de nuestro estado y profesion, y agradar á Dios en esto, ó para volver con nuevo fervor y devocion á nuestros ejercicios de piedad. He aquí la intencion que habitualmente ha de presidir á nuestras acciones. Y entónces, ¿á quién faltarán fuerzas, á quién faltarán entendimiento, tiempo, lugar ó comodidad para tener habitualmente un deseo de servir y obedecer á Dios en los actos que

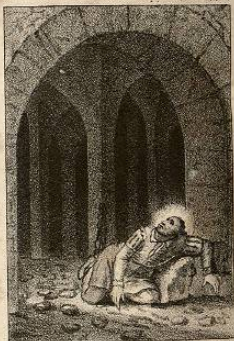
hemos indicado? Vamos á una diversion honesta, y decimos por ejemplo: Señor y Dios mio, la miseria de mi naturaleza me exige algun desahogo; recibid éste que voy á tomar á vuestro nombre como una preparacion para la virtud; pues recuperando en él mis fuerzas, cumpliré mejor con las obligaciones que me habeis impuesto en mi estado: librad mi alma de toda culpa, y aun de tentaciones en esta diversion, que me procuro con fin tan agradable á vuestros ojos. Estos mismos actos podemos repetir interiormente aun en medio de esa misma diversion: no necesitamos ni aun de pronunciar las palabras, nos basta un movimiento de nuestro espíritu. ¿Qué desiertos tenemos que atravesar, qué tormentos que sufrir para practicar estos actos? ¿Podrémos ser disculpables omitiendo unas medidas tan ligeras? ¿No será muy reprehensible nuestra indolencia, si por la omision de cosa tan fácil, nos privamos del fruto espiritual que podian producirnos aun las acciones mas indiferentes? ¿Cuán grandes serán por el contrario nuestra malicia y culpabilidad, cuando esas mismas acciones indiferentes las convertimos en malas, llevando en ellas una intencion enteramente opuesta á la que debiamos tener!

Vamos á las tertulias y entramos en las conversaciones con ánimo de murmurar, de saber vidas ajenas, de fomentar la vanidad, y de halazar la concupiscencia de la carne; ya que no con venga á los cuerpos por algun obstáculo, disfrutar materialmente los placeres sensuales; por lo ménos se complace el espíritu en ellos, desahogándose por las palabras y entónces puede con toda propiedad decirse que *la boca habla de la abundancia del corazón*. Los hombres, ménos vergonzosos que las mugeres, si se abstienen por su educacion de proferir palabras groseramente obscenas, no evitan las de doble sentido, ó las frases que puedan excitar ideas lividinosas, unas veces por pasar plaza de talentos brillantes, y qué saben divertír y hacer reír á los concurrentes; otras, y es lo peor, con la mira de introducir chispas, que alguna vez produzcan incendios favorables á sus pasiones en las personas del otro sexo. Son criminales los que con esas miras promuevan ó sostengan tales conversaciones; y aun faltará ésta, no dejarán de ser tambien delinquentes, conforme las palabras de que usen, y las ideas que quieran espresar con ellas.

Respecto de los que oyen, hay tambien la obligacion de evitar

esas conversaciones, oponiéndoles su desaprobacion, manifestada en el semblante, en las acciones, ó de otra manera; y con mayor razon deben evitarse aquellas que conocemos que pueden excitar en nosotros algun mal pensamiento. Ann la aprobacion que á veces hacemos, no de los conceptos que significan las frases, sino de la gracia de éstas, debemos evitar siempre que podamos. S. Clemente Alejandrino dice: "Conviene aun castigar á la misma risa, la que en vez de ser excitada por cosas torpes, debería convertirse en rubor, para manifestar el disgusto con que oigamos aquellas." Y en otra parte: "Debemos estar limpios de conversaciones malas, las que no deben tener entrada en los oidos de los que creen en Cristo. . . . El hablar deshonestamente hace que meditemos en cosas torpes; ser modestos en las palabras, es ejercitarnos para rechazar con fortaleza las impresiones lascivas." Sea, pues, nuestro cuidado abstenernos, no solo de proferir, pero aun de escuchar palabras ménos decentes, y de dar entrada á esas conversaciones en que aunque con palabras decorosas se procura excitar ideas inmundas. Las mugeres principalmente pongan en esto mucho esmero, no solo por la culpa en que pueden incurrir, coadyuvando á esas conversaciones, ya directamente, ya de un modo indirecto por medio de su risa y aprobacion tácita, en que manifiestan la complacencia con que las oyen, sino por los malos resultados que ésto puede ocasionarles, conduciéndolas á otros pecados con que manchen mas su pobre alma delante de Dios, y su reputacion ante los hombres.

La táctica de los libertinos es promover ese género de conversaciones con objeto de aprovechar las oportunidades que se presenten inflamando la fantasia de las mugeres y suscitándoles ideas torpes. Se profiere una palabra equívoca ó se usa de una frase que produzca aquel efecto, como por descuido, como un rasgo de talento, y aun á veces con una seriedad que parezca hija del corazon mas sincero. Por tanto, vírgenes inocentes, y casadas de honor, no creais á esos hipócritas que se valen aun de las alabanzas de vuestra misma virtud para introducir conversaciones deshonestas. Por mas serios que los véais afectando un aire de ingenuidad que remueve toda sospecha de mala intencion, no os fieis de ellos: la serpiente está oculta entre la yerba. Nada os importa saber si ésta ó aquella persona vive bien ó mal; nada os importa que el

*S. Juan y S. Pablo Mártires.**S. Ladislao Rey de Ungría.**S. Inocenc Obispo.**S. Plarco Mártir.*

pecado sea moda. Ahorrad esas conversaciones: los libertinos no pierden tiempo; llevan por máxima que las mugeres no están contentas si no se les platica de amores: mostradles cada una de vosotras que sois excepcion de esta regla, y no deis entrada á esos arbitrios de que se valen para enredaros impensadamente en sus lazos. Sabed por fin, que los moralistas convienen en que en materia de palabras y conversaciones obscenas, lo mismo que se dice del que habla, se ha de entender del que oye; por lo que, así como aquel peca siempre que con mal fin habla, así éste peca siempre que con mal fin escucha, y del mismo modo que aquel, pecará mas ó ménos gravemente, segun sea mas ó ménos criminal el objeto con que habla, así éste, segun la intencion con que oiga. Por lo que no dejará de haber pecado, aunque en el que escuche haya únicamente complacencia ó deleite en lo que se habla, y no se proponga otro fin; así como en el que conversa hay culpa, aunque no se proponga directamente el fin de seducir ó de excitar ideas torpes en los oyentes, sino el de complacerse en esas conversaciones deshojistas. Guardemos nuestros oidos y nuestros ojos, y estará guardado nuestro corazon.

 DIA VEINTE Y SEIS.

Santos Juan y Pablo mártires.

Los santos Juan y Pablo fueron hermanos y nativos de Italia. Abrazaron desde jóvenes la carrera de las armas, y la virtuosa vida que seguian en ella, hace creer que sus padres fueron cristianos, y que ellos tuvieron la dicha de serlo desde su nacimiento. Sus prendas unidas á la nobleza de su cuna, los hicieron distinguir en el aprecio del emperador Constantino, como se vió en la eleccion que hizo de sus personas para que sirviesen á la princesa Constancia su hija, cuando se resolvió á dejar el mundo y vivir en el retiro de un palacio que se le concedió para ese fin. Pablo fué nombrado secretario de la princesa y Juan su mayordomo; y uno y otro se portaban con tal edificacion de costumbres, que eran el ejemplo de la córte y el modelo mas acabado de caballeros cristianos.

Por ese tiempo los escitas invadieron la ciudad de Constantino-
pla, y el emperador nombró á Galicano, general muy esperto y
valiente, y que habia sido cónsul, para que fuese á combatirlos.
Admitió Galicano el mando de las tropas; pero con la condicion
de que si salia victorioso, se le habia de nombrar cónsul nueva-
mente, y darle por esposa á la princesa Constancia. Sorprendido
Constantino, lo consultó con su hija, y ésta, aunque habia resuelto
guardar perpétua virginidad, fiada en que Dios cuidaria de librarla
de aquel compromiso, aceptó la propuesta, exigiendo únicamente
que Juan y Pablo marchasen en la expedición. En efecto, se unie-
ron éstos á las tropas, y á sus oraciones se debió el feliz éxito de
aquella empresa; pues aunque en el primer encuentro sufrió un
descalabro el ejército de los romanos, habiendo aconsejado los dos
hermanos al general hiciera voto de abrazar la religion de Jesu-
cristo; habiéndolo hecho así Galicano, obtuvo el triunfo mas com-
pleto; y recibiendo despues el bautismo, no solo no pensó ya en su
estipulado matrimonio, sino que habiendo concluido el tiempo de
su consulado, que tuvo que aceptar á ruegos del emperador, se
apartó del mundo, y retirándose á Ostia con S. Hilario, fundó allí
un hospital con sus cuantiosas riquezas, en el que sirvió con la
mayor caridad á los pobres, hasta que fué coronado del martirio
en la persecucion de Juliano apóstata, como se lee en el martiro-
logio romano en el día veinticinco de este mismo mes.

La princesa Constancia, entre tanto que sus fieles criados servian
tan útilmente á la religion, se ocupó tambien por su parte en con-
vertir á Atica y Artemia sus hermanas de padre, que habian ido á
acompañarla durante la ausencia de Juan y Pablo, las cuales eran
infieles, y tuvo tan buena suerte, que ambas abrazaron el cristia-
nismo y fueron bautizadas con suma alegría de toda la ciudad de
Roma. Vuelos los dos santos hermanos de la expedicion de Con-
stantinopla, continuaron sus servicios con la misma fidelidad y vir-
tud que antes en el palacio de Constancia, hasta la muerte de esta
princesa, valiéndose del ascendiente que tenían sobre ella en be-
neficio de los necesitados y oprimidos, que en ellos tuvieron con-
stantemente unos celosos protectores. Pasaron despues con los
mismos empleos al palacio imperial, siempre respetados y quie-
ridos de los príncipes, aun despues del fallecimiento del grande
Constantino, y ejercitando siempre las mismas obras piasas.

Pero habiendo subido al trono Juliano, conocido con el título
de apóstata, comenzó una desecha persecucion contra los cristia-
nos; lo que visto por los santos, renunciaron los empleos que ten-
nian y se retiraron de la corte, no pudiendo ver con indiferencia
los malos tratamientos que se hacian á los seguidores de Cristo.
El emperador, que aunque persuadido que aquellos dos hermanos
eran los mayores enemigos de la idolatría, los respetaba no obstan-
te por su dignidad y empleos que habian obtenido en tiempo de
Constantino, intentó seducirlos por medio de Terenciano, capitán
de sus guardias, para hacerles abjurar su religion, ántes de pasar
á los medios violentos de que usaba con los demas fieles; y como
los viese firmes en no ceder á sus promesas ni á sus halagos, orde-
nó que si dentro de diez dias no tributaban culto á los dioses del
imperio, fuesen castigados con los mayores tormentos.

Aprovecharon los santos el término que se les señalaba para
prepararse, doblando su oracion y penitencia, al combate que iban
á sufrir. Llegado el día décimo se les presentó Terenciano, lle-
vando un idolillo para que los santos le ofreciesen sacrificio; pero
mirando la constante resolucion de despreciar aquellas mentidas
deidades, y no adorar sino al verdadero Dios, Criador de todas las
cosas, no atreviéndose á sentenciar públicamente á Juan y Pablo,
temiendo una sedicion en la ciudad por el sumo aprecio que se
les profesaba, los hizo conducir á su casa muy entrada la noche
y haciéndolos degollar, ordenó los enterrasen en un patio oculto
de la misma habitacion: pero al día siguiente publicaron la noti-
cia algunos energúmenos que habia en Roma, principalmente el
hijo de Terenciano, que instantáneamente fué poseído del demo-
nio, y que se vió libre por la invocacion de los santos, milagro
con que se convirtió su padre. Este martirio se verificó el año
363, y desde esa época fué muy célebre su memoria en la iglesia;
y concluida la persecucion, se levantó en aquel mismo lugar un
templo, donde se veneran actualmente las reliquias de estos ius-
tros mártires.

*La epístola es del capítulo XLIV del libro de la Sabiduría.
(Eclesiástico.)*

Aquellos fueron varones misericordiosos, cuyas obras de piedad
no han caído en el olvido. En su descendencia permanecerán

sus bienes. Sus nietos son una sucesion santa, y su posteridad se mantuvo constante en la alianza; y por su mérito durará eternamente su descendencia; nunca perecerá su linaje y su gloria. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y vive su nombre por todos los siglos. Los pueblos celebrarán su sabiduría, y la iglesia anunciará sus alabanzas.

El evangelio es del capítulo XII de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Mas nada hay oculto que no se haya de manifestar; ni secreto que al fin no se sepa. Así es que lo que dijisteis á oscuras, se dirá en la luz del dia; y lo que hablasteis al oído en los retretes, se pregonará sobre los terrados. A vosotros, empero, que sois mis amigos os digo: No tengais miedo de los que matan el cuerpo, y hecho esto, ya no pueden hacer mas. Yo quiero mostraros á quien habeis de temer: temed al que despues de quitar la vida puede arrojar al infierno. A este es, os repito, á quien habeis de temer. ¿No es verdad que cinco pajarillos se venden por dos cuartos, y con todo, ninguno de ellos es olvidado de Dios? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto, no temeis que temer: mas valeis vosotros que muchos pajarillos. Os aseguro, pues, que cualquiera que me confesare delante de los hombres, tambien el Hijo del hombre lo confesará delante de los ángeles de Dios.

MEDITACION.

Sobre la glorificacion de Cristo en cuanto hombre.

Considera que á las cualidades admirabilisimas y propias solo de la humanidad de Cristo que contemplamos en la meditacion anterior, se agregan otras que no son ménos admirables y propias de ella sola, y pertenecen á su estado glorioso. Este lo tuvo desde el instante mismo de su concepcion; pues fué comprehensor en la tierra, gozando de la vision clara de Dios; mas como para poder padecer y morir por nosotros, tomó una humanidad mortal y pasible; no redundaban de su alma á su cuerpo, los dotes de gloria que le eran propios y poseia en virtud de la union hypostática; de manera que siéndole propias la imposibilidad y la inmortalidad las suspende y no usa de ellas, porque tengan lugar la pasibilidad y

la mortalidad que se abraza; hé aquí un portento de la Omnipotencia del Dios Hombre, y en él una muestra mas de su bondad y de su amor; pero Jesucristo resucita, y resucita inmortal é impassible, por estar ya hecha la obra de la redencion; ya no hay necesidad de aquel milagro; ya redundan de su alma á su cuerpo los dotes gloriosos, y ya en ellos se deja ver el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres: la gracia está difundida en sus labios, y por ella le bendice su Padre eternamente; y aquel, á quien por la union hypostática se le debe la gloria, la conquista y merece por su pasion y muerte.

Considera que aunque es de una misma especie la glorificacion de la Humanidad de Cristo con la de los Santos, por ser la misma la gracia habitual santificante que vino á Cristo que la que viene á los Santos, y uno mismo el mérito con que Cristo la mereció para sí y la mereció para sus Santos, con todo, hay mucha diferencia en la de Cristo respecto de la de los Santos, lo primero, porque á Cristo se le dá porque su humanidad es la humanidad del Hijo natural de Dios; pero á los Santos solo se les dá como á hijos adoptivos de Dios: lo segundo, porque en Cristo la gracia habitual santificante recayó sobre la gracia sustancial de la union hypostática, que lo hizo impecable y santo por naturaleza; pero en los Santos no hay ni ha habido mas gracia que la habitual santificante, la cual en la tierra puede perderse, y por consiguiente no los hace impecables y santos por naturaleza: lo tercero, porque á Cristo vino, como á cabeza nuestra, toda la plenitud de la gracia habitual santificante; pero á los Santos no se les comunica mas que una parte ó grados; y lo cuarto, porque Cristo la tiene por mérito propio, y éste recae sobre el derecho que le dá la union hypostática; pero los Santos solo la tienen por los méritos de Cristo, que son los que dan valor á los suyos propios, y no se les debe por otro título. Es por consiguiente indudable que los dotes gloriosos de la humanidad de Cristo en alma y cuerpo, sobrepujan incomparablemente á los de todos los Santos en particular y en comun, y que debiendo ser correspondiente la glorificacion de Cristo en cuanto hombre á los méritos infinitos que ganó con su pasion y muerte y todas sus obras, á la plenitud de toda la gracia habitual que á él vino, y á los derechos todos que le confiere la union hypostática, puede y debe decirse que es incomprendible y como infinita.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo creo y confieso, Dios y Señor mio Jesucristo; pues vos, que en cuanto Dios gozais infinitamente de gloria infinita, no podiais dejar de glorificar á vuestra humanidad tan liberal y magníficamente, que su gloria sea como infinita. Yo os alabo y glorifico con toda mi alma y corazon porque así lo habeis hecho; y al mismo tiempo me propongo volver por vuestra gloria y vuestro honor divino ante los hombres que osan deshonraros, y blasfeman de vuestro Santo Nombre.

JACULATORIA.

Digno es el Cordero de Dios, que fué muerto, de recibir la gloria.

LECCIÓN.

Sobre las acciones deshonestas.

“Los fieles, dice S. Juan Crisóstomo, han de ser conocidos no solo por la comunicacion de los misterios, sino por su género de vida. Conviene, pues, que los fieles sean la sal y la luz del mundo. Pero si ni para tí mismo luces, ni te limpias de tu propio hedor y podredumbre, ¿qué señales me darán á conocer que eres fiel? ¿Acaso porque te lavaste en las aguas sagradas del bautismo?... El cristiano debe darse á conocer, no solo por lo que ha recibido de Dios, sino por lo que él le ofrece. En todo debe manifestarse que lo es, en el andar, en la ver, en las palabras y en el traje. Pero por mas que proctro reconozcete por estas cosas, hallo que te das á conocer por otras enteramente contrarias.”

Acaso en ninguna materia tanto como en la presente, importa distinguir la malicia, bondad ó indiferencia que tenga en sí la accion que se haga y la intencion con que se ejecute: de la distincion de aquellas y de esta circunstancia, depende la gravedad ó ligereza de la culpa; por lo mismo daremos sobre esto una esplicacion general para que sirva de base á los puntos particulares de que nos ocupemos. La accion que por sí es deshonesta, no puede hacerse licita, aunque la hagamos con un fin bueno; algunas de ellas, para que puedan ejecutarse licitamente, requieren no solo la bondad

del fin sino la necesidad, como sucede respecto de los médicos, que si no es en la clase de tales y con la mira de curar al enfermo, no pudieran practicar ciertas acciones cuando fueran innecesarias, aunque tuvieran un buen objeto. Las acciones indiferentes serán buenas ó malas, segun la intencion con que se verifiquen. Las otras buenas pueden convertirse en malas, porque lo sea la intencion que las dirija. Por último, repetimos lo que ya otras veces hemos dicho, á saber: que las acciones por sí indiferentes, pueden ser malas por circunstancias accidentales, y entónces estaremos obligados á evitarlas, aun cuando las hagamos con buena intencion, porque ya aquellas son de la clase de las malas en sí, supuesta la circunstancia que les comunica su malicia. Así por ejemplo, hay pais en que el vestido corto es incitativo en lo general á pensamientos deshonestos, y en otros lugares no lo es. Tal diferencia depende de muchas circunstancias, como de las preocupaciones comunes, de las costumbres y otras. Del mismo modo la desnudez de los hombres producirá las mismas diferencias: de consiguiente, el traje que para una nacion sea por sí deshonesto, no lo será para otra.

Mas las mugeres pueden delinquir con respecto á su adorno por tres causas: por superfluidad, por vanidad y por deshonestidad. Así que, hacen muy mal las mugeres, sean casadas ó hijas de familia, que con gastos immoderados agobian á sus maridos ó padres, á fin de adornarse de un modo superior á sus facultades; y tanto mas, cuanto para subvenir á aquellos gastos, son causa de que esos mismos padres ó maridos contraigan deudas que no puedan satisfacer, usen de algunos arbitrios ilícitos para adquirir dinero, ó ellas propias cámbien por este su honestidad, con el objeto de proporcionarse galas. En este último caso, el pecado será doble ó triple segun los fines que se proponga la muger; porque entónces una culpa sirve de medio para alimentar uno ó mas vicios: así que, la deshonestidad dá materia á la soberbia, á la vanidad ó por lo ménos á la immoderacion contra la virtud de la templanza. Si á alguno de estos vicios añade la muger el fin de enredar en lazos torpes á los hombres en general, ó á determinadas personas, se añadirá á los dichos el pecado de seducción, ó lo que es lo mismo, de escándalo.

Omitiéndonos alargarnos mas sobre la superfluidad de los vestidos, nos contraeremos á la licitud ó ilicitud de ellos, considerados en

si mismos. Según la doctrina que hemos asentado por base de las acciones buenas, malas é indiferentes, diremos con moralistas de acreditada reputación, que la muger no peca adornándose con decencia conforme á su estado y á las costumbres de su pátria, si éstas son honestas, principalmente si lo hace con el objeto de agradar á su marido, ó de proporcionarse un matrimonio regular. La que se adorne con fin depravado, aunque lo haga con suma decencia, pecará gravemente; mas si lo hiciere por ligereza ó vanidad, algunas veces será pecado mortal, pero por lo común será venial. Lo mismo que decimos de los vestidos, debemos entender de los afeites. Santo Tomás dice: No siempre los afeites importan pecado mortal, sino solo cuando se usan por lascivia, ó por desprecio de Dios; y de estos casos se ha de entender lo que habla San Cipriano. Advirtamos por tanto que una cosa es fingir hermosura, y otra ocultar la fealdad proveniente de enfermedad ó de otro motivo, y esto es lícito, según aquello del Apóstol San Pablo, *Los miembros que tenemos por mas viles en nuestro cuerpo, cubrímos con mas decoro, y los que en nosotros son mas feos, los adornamos con mas decencia.*

Con ocasion de los adornos mugeriles trataremos del escándalo, punto que dejamos pendiente al hablar de aquel pecado, explicando el quinto mandamiento. Decimos, pues, que el escándalo es de personas determinadas, ó en general de indeterminadas. Los adornos que sean deshonestos por sí, jamas pueden usarse, como hemos asentado ántes. Los honestos conformes al estado de la muger y á las costumbres del pais en que vive pueden usarse; pero de éstos acaso se originará algun escándalo. Si la muger teme que el escándalo solo sea general ó indeterminado, podrá sin embargo adornarse del modo referido, es decir, con decencia. Así es, que cualquier muger hermosa prevee que aun vestida decentemente podrá excitar algun mal pensamiento ó deseo en una ú otra de tantas personas como podrán verla, y que por su malicia y poca sujecion de sus pasiones, hallarán en su hermosura y adorno motivo para delinquir; mas la muger no está obligada á evitar este escándalo, que en este caso será recibido, pero no dado, según se explican los moralistas, ó lo que es lo propio, la culpa será causada por la malicia del que vé, no por la muger que se adorna. A no ser así, añaden aquellos, la muger hermosa jamas podria salir de

su casa, porque la hermosura natural interesa mucho mas que la artificial.

Si el escándalo es de persona determinada, de suerte que la muger cierta ó probablemente sabe que tal género de vestido, de calzado ó de adorno, es ocasion de la ruina espiritual de alguno de sus prójimos, deberá ocultarse de su vista cuando se halle con aquel vestido ó adorno las mas ocasiones que sean posibles. Lo mismo se ha de entender de la simple hermosura, aun sin adorno alguno; y así, la muger que tambien cierta ó probablemente sabe que su figura natural, esté ó no adornada, es ocasion de pecado respecto de alguna persona, deberá evitar su presencia lo mas que pueda. Decimos *lo mas que pueda*, porque los moralistas convienen en que no está obligada á observar esa conducta siempre y en todo caso, porque eso seria imponer á la muger un gravámen penosísimo por un mal de que ella no tenia la culpa.

Hemos expuesto con el fin de evitar escrúpulos y pecados originados de una conciencia errónea, lo que hemos encontrado á nuestro parecer mas prudente acerca del adorno de las mugeres en los teólogos y moralistas, procurando no tocar en los extremos de un rigorismo que exaspera, ni de un laxismo que degenera en libertinage; sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que mas vale que se inclinen á aquel extremo que á éste. Arreglémonos del mejor modo posible á lo que nos enseña San Juan Crisóstomo, y con cuya doctrina dimos principio á esta leccion. Manifestemos en nuestros vestidos, semblante, palabras y acciones que somos cristianos. Edifiquemos á nuestros hermanos con nuestro ejemplo, y no les demos por nuestra parte el menor motivo de escándalo. Sacrifiquemos siempre los atavíos y hermosura del cuerpo á los adornos y bellezas del alma.

—————
DIA VEINTE Y SIETE.

S. Ladislao, rey de Hungría.

Ladislao fué hijo de Bela, primo hermano de S. Estevan, rey de Hungría, y de la hija del duque de Polonia, en cuyos estados nació en el año de 1041, cuando sus padres se refugiaron á ellos,

huyendo de la persecucion de Pedro, sucesor de aquel santo rey. La cristiana educacion que recibió de niño, y á que él supo corresponder, lo hicieron muy apreciable en la corte de Polonia, y aunque de muy corta edad cuando regresó su familia á la de Hungría, allí se adquirió igual estimacion por su castidad, sus fines modales, y sobre todo, por la compasion que tenia á los pobres.

Así creció este religioso príncipe, sin variar en nada sus costumbres, aun cuando Bela ocupó el trono de Hungría; y la herolicidad de su virtud se conoció en la muerte de su padre, en que en vez de emplear su influjo para sucederlo él ó su hermano mayor Geysa, tomó el mayor empeño en que sucediera en la corona Salomón, hijo primogénito de su tío Andrés, que tenia mayores derechos á ella. Logrólo en efecto; pero habiéndose adquirido éste la execracion pública, hasta el grado de haber sido necesario deponerlo y desterrarlo de los dominios húngaros; despues del corto reinado de su hermano mayor, fué proclamado rey Ladislao, obligado de las instancias del pueblo y la nobleza, y coronado en el año de 1080, para servir de modelo y de honor á todos los reyes cristianos.

En efecto, subió al trono Ladislao, y siguiendo las huellas de su ejemplar antecesor y pariente S. Estevan, la religion volvió á su antiguo esplendor, las costumbres públicas se mejoraron, las ciencias, las artes, el comercio y la agricultura recibieron grande impulso, y la prosperidad de sus estados dió bastante á conocer, que Ladislao mas que soberano, era un padre tierno de sus vasallos. Dirigiendo á éstos mas con los ejemplos de sus virtudes que con los medios del poder, puede decirse, que él realizó en su persona aquel sábio y virtuoso rey que se describe en los libros sapienciales, y que de tiempo en tiempo suele mandar la Providencia para la felicidad de los pueblos.

Pero á pesar de tantas bellas prendas, no pudo por algun tiempo lograr de una cumplida paz el reino de Hungría: conspiraciones interiores en favor del destronado rey Salomón, é invasiones de enemigos esteriore, vinieron á turbar la tranquilidad pública, que tanto procuraba conservar el santo rey. Ladislao, no obstante, considerando que debía ser no ménos protector que padre de sus vasallos, supo oponerse á unos y otros enemigos. Los parciales de Salomón, á cuyo frente se encontraba este príncipe inquieto,

fueron escarmentados por el valor y prudencia de nuestro santo, y los invasores del territorio de Hungría, no solo fueron arrojados de él, reconquistándose á Cracovia y sacando del dominio de los bárbaros á la Dalmacia y á la Croacia, sino que estendiéndose los estados húngaros á una porcion considerable de la Vulgaria y la Rusia por las victoriosas armas de Ladislao, quedaron para siempre libres de las empresas de los conquistadores aquellos pueblos.

La vida agitada, que tenia en la campaña Ladislao, no entibió en nada el fervor de su virtud, ni le hizo abandonar el camino que desde sus primeros años habia emprendido, para asegurar su eterna salvacion. Así es, que tan luego como volvió á su corte concluidas sus empresas militares, se reconoció en él al mismo soberano, devoto, justo y exacto en el cumplimiento de sus deberes que se habia admitido ántes. No ocupado ya en combatir á ningunos enemigos, se dedicó totalmente á santificar con su ejemplo á todos sus vasallos. Asistia con la mayor edificacion á los templos, frecuentaba devotamente los sacramentos, enriquecia las antigüas iglesias, ó fundaba otras nuevas para dilatar el culto divino. Su amor á los pobres lo movió á fundar diversos hospitales, y otros establecimientos para su socorro. En lo interior de su palacio se manejaba con no menor ejemplaridad. Ayunaba con frecuencia, maceraba su cuerpo con ásperos cilicios y sangrientas disciplinas, las horas del día las ocupaba en el despacho de los negocios, y las de la noche estaban destinadas á la oracion y otros ejercicios piadosos. El amor que desde su niñez profesó á la Santísima Virgen María, creciendo con la edad, lo movió, no solo á haber edificado la famosa basilica de Wardin para que se le tributasen los debidos cultos, sino que en su honor hizo voto de castidad, y jamas se pudo conseguir de él que pidiese dispensa para contraer matrimonio.

Despues del concilio de Claremont, presidido por Urbano II, en que se trató de hacer una cruzada para librar el sepulcro de nuestro Salvador del poder de los musulmanes, los reyes de Francia, España é Inglaterra, que estaban alistados en las banderas de la cruz, nombraron á nuestro santo para que mandara en jefe esa gloriosa expedicion; y al efecto, le mandaron una embajada para que aceptase el cargo. Ladislao lo admitió con sumo gusto; pero quando ya se disponia á marchar, el Señor que queria premiar los

méritos de su fiel siervo, lo llamó para sí, y después de una grave enfermedad pasó á la bienaventuranza el día 30 de Julio del año 1095, á los cincuenta y cuatro de su edad.

Sepultóse su cadáver con sentimiento universal en la iglesia de Waradin, á donde fué conducido en un carro sin que nadie dirigiese á las bestias que lo tiraban, y el que paró en la misma puerta del templo ántes que llegara el acompañamiento. Los esclarecidos milagros que Dios se sirvió hacer por la intercesion de Ladislao, movieron á canonizarlo al papa Celestino III, en el año de 1198, señalándose este día para su festividad, por haber sido el de la solemne traslacion de sus reliquias á la repetida basílica de Waradin.

La epístola es del capítulo XXXI de la Sabiduría. [Eclesiástico.]

Página 47.

Bienaventurado el rico que fué hallado sin culpa, y que no corrió tras el oro ni puso su esperanza en el dinero y en los tesoros &c.

El evangelio es del capítulo XXII de S. Mateo.

En aquel tiempo se llegaron á Jesus los fariseos, y uno de ellos, doctor en la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está toda la ley y los profetas.

MEDITACION.

Sobre Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía.

Considera que Jesucristo en la Eucaristía todo es milagros y portentos, no porque el cuerpo que en ella existe sea aparente, ó formado milagrosamente sin ser su mismo cuerpo, sino porque siendo su mismo cuerpo que en la gloria está en su estado natural, en la Eucaristía está en un estado milagroso que llamamos sacramental, y porque para ello hay conversion de toda la sustancia del

pan en su cuerpo, y de toda la sustancia del vino en su sangre: conversion milagrosa, á que los teólogos llaman *transubstanciacion*, y hecha de un modo portentoso; esto es, por virtud de las palabras de la consagracion que el sacerdote pronuncia en nombre de Cristo representando su persona, y con la debida intencion de hacer este sacramento. ¡Y qué démos si á estos milagros que son de primer orden se agregan otros no ménos estupendos, pues vemos que convertida la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo, no por eso faltan ni se destruyen los accidentes del pan, color, sabor, figura, olor, peso; sino que permanecen y subsisten de un modo milagroso sin el sugeto de que eran accidentes, que era la sustancia de pan! ¿Pues vemos tambien que en el Sacramento está el cuerpo de Cristo á modo de sustancia, que es estar todo en el todo, y todo en cada parte, de manera, que aunque el signo, esto es, la hostia, se divida en millares de particulas, no por eso se divide el cuerpo de Cristo, sino que en cada una está todo entero como está en el cielo? ¿Qué hemos de decir, sino que con razon llamó el profeta á la Eucaristía: *Compendio de las maravillas del Señor*, y el angélico doctor Santo Tomás: *El máximo de todos sus milagros?*

Considera que á este portento de portentos de la omnipotencia de Dios, corresponden un portento de su sabiduría y otro de su amor, pues instituido de este modo el Sacramento de la Eucaristía, se llenan perfectamente las miras sapientísimas y amorosísimas de nuestro Dios. Se destina para él una semilla noble y fina, pero general y comun en toda la tierra: convertida su sustancia en el cuerpo de Cristo, se conservan sus accidentes para que por ellos el hombre conozca lo que adora y recibe, y no pueda engañarse: se oculta bajo aquellos accidentes un cuerpo glorioso y lleno de magestad, para que el hombre pueda llegarse á recibirlo, que de otro modo no podría, y para que pueda tener tal prenda de la gloria en la tierra, pues á su estado de viador no le es propio ver cara á cara á su Dios soberano. Finalmente, se le dá de un modo que pueda comerlo, pues sobre el estado glorioso del cuerpo de Cristo en que bien puede penetrarse sin dificultad ni lesión alguna por cualquier cuerpo, y reducir ó estender su cuantidad como le plazca, viene el estado sacramental, que es milagroso y ordenado precisamente para este efecto; por donde se vé cuán torpemente erra-

ron los judíos que creían que para comer el cuerpo de Cristo sería necesario dividirlo en pedazos, como el cuerpo de un animal. Lo que se dice del cuerpo, se dice igualmente de la sangre de Cristo.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Oh Dios! ¡y cuánto se manifiesta en este Sacramento el amor infinito con que nos amas! pues vemos empleados en él los tesoros inagotables de tu sabiduría y de tu omnipotencia, y un tan costoso y rico presente no puede hacerse sino por un amor sin medida. Verdaderamente que así como es la Encaristia un gran misterio de fé que liga nuestra creencia, es un misterio insondable de amor que encadena nuestro corazón. Yo te doy gracias infinitas por esta tu magnífica, portentosísima y benignísima obra, y te pido me concedas tal pureza y santidad de alma y de cuerpo cual corresponde para recibirte dignamente y creer en tu gracia y en tu caridad.

JACULATORIA.

¿Quién nos dará de su carne santísima, para que quedemos hartos!

LECCION.

Sobre los libros obscenos é impíos.

Vimos en la leccion en que tratamos de la lujuria, que este vicio nos conduce insensiblemente á la incredulidad, y que éste es el peor de sus resultados, siempre que llegue á enseñorearse de nuestro corazón. Pues si tan péximo efecto puede causar en nosotros esa pasión por sí sola, ¿qué será cuando le damos ayuda con la lectura de libros obscenos é impíos? De ámbos trataremos en la presente leccion, contrayéndonos á la influencia que puedan tener sobre la pureza de costumbres, reservándonos para su tiempo y lugar hacernos cargo de lo que deba observarse sobre su prohibicion, como opuestos á la fé y buenas costumbres.

En este supuesto decimos, que de ningún modo nos es lícito leer libros notoriamente obscenos, y que esta lectura con nada puede cohonestarse. En los libros impíos podrá servir de causa racio-

nal para leerlos el vérificarlo con objeto de impugnarlos; pero ni aun este arbitrio hay en cuanto á los obscenos. No solo debemos abstenernos de la lectura de los que lo sean; mas tambien de los que no siéndolo traten de asuntos deshonestos; sino es que la necesidad escuse y aun á veces haga precisa su lectura. Los libros que tratan de cosas deshonestas sin serlo ellos, son los de moral, medicina y cirugía. Los cuales pueden ser leídos por las personas que se dediquen á estas ciencias, y á veces tendrán obligacion de hacerlo los confesores para resolver los casos de conciencia que se les presenten. Los moralistas mas benignos hacen distincion acerca del fin con que se leen los libros obscenos que tratan de propósito de cosas torpes, y dicen que si se leen con buen fin no hay pecado; si se hace por mera curiosidad, es venial, y si por delectacion torpe, mortal. Lo mismo y con mayor razon deberá entenderse de los libros que sin ser obscenos tratan de esas materias. Sin embargo, respecto á éstos no es difícil concebir el caso de que se lean con buen fin, pues como hemos dicho, los profesores de las ciencias á que pertenezcan podrán tenerlos, mas en cuanto á los libros obscenos de propósito, casi es imposible de figurarse el caso en que haya buen fin para cohonestar su lectura.

Aun mas difícil es de concebirse en la práctica la distincion de que se lea por curiosidad ó por delectacion. Bien puede ser que al tomar el libro en la mano tenga el que va á leer la intencion de hacerlo por mera curiosidad; pero es muy grande la falta de prevision de que esa curiosidad pueda cambiarse pronto en deleite, ó á lo ménos es muy difícil asegurarse de que no sucederá ese cambio, y que por consiguiente se pone el individuo en ocasion próxima de pecar. Por lo mismo, en una materia tan delicada es mejor no esponerse al peligro, que andar buscando distinciones casi impracticables, á lo ménos para los jóvenes, principalmente cuando no son casados, y todas aquellas personas que por su complexion é el conocimiento que tengan de sus pasiones, prevean que aquellas distinciones han de ser para ellos puramente nominales.

No es tal severa la prohibicion respecto de los libros honestos, aunque traten de amores. Este género de lectura puede colocarse entre las cosas indiferentes, que será mala, y de consiguiente prohibida para unas personas y no para otras. No será por tanto, pecado el tomar alguna vez esos libros para divertir el ánimo y

evitar la ociosidad, cuando el individuo no tema con probabilidad encontrar en ellos la ruina espiritual de su alma. Esto que decimos es con el objeto de prevenir los escrúpulos que pudieran ofrecerse sobre esta materia; pero permitásenos añadir por vía de consejo, que será siempre mas acertado procurar divertirse con otras lecturas que las de novelas, mucho mas hoy que corren tantas impresas, aunque muy bien disfrazado el veneno, llenas de alusiones contra la religion. Este ha sido un arbitrio de que se han valido los incrédulos para desmoralizar al mundo. Conocen que ninguna cosa conduce mejor á la incredulidad que los placeres sensuales. Pintan con demasiada vehemencia las pasiones, inflaman el corazon y en boca de personas que suponen combatidas entre la virtud y el vicio, ponen espresiones muy atrevidas, como para dar á entender los excesos á que nos puede conducir una pasion desordenada. Se contentan con que al fin de la novela y en lo que se llama desenlace, obtenga la virtud un triunfo frio, y como traido por los cabellos para llenar únicamente el objeto de la novela que finge proponerse el autor, y es el de que al cabo aparezca triunfante la virtud. Mas lo que de hecho se ha presentado en ella es el encomio del vicio y su apología.

En fin, dirémos con cierto autor, que los hombres virtuosos se han formado leyendo las obras de los santos padres y doctores de la Iglesia, las vidas de los santos, los libros místicos; pero leyendo novelas ¿cuántos se han formado santos? Aun cuando alguno por algun accidente lo hubiera conseguido, ¿podría con ese raro ejemplo compensarse lo mucho que perjudican? Se puede asegurar una que parece paradoja, pero que no lo es, que las novelas son útiles para quien no necesita de ellas. Un hombre instruido que tiene mayor gusto en otro género de lecturas, y que por contingencia toma una novela, se divierte un rato, arroja el libro, y no se vuelve á acordar de él, porque otras ideas mas dignas de su entendimiento lo ocupan. Pero por lo regular esas obras no se escriben para ese género de lectores, sino para otros á quienes se supone ociosos, y se quiere que entretengan el tiempo en algo, esas personas principalmente son las mugeres en quienes la fantasía está mas desocupada, se llenan de escenas amatorias, leen y releen los pasages en que con mas vehemencia se pinta el amor, no piensan ni hablan sino de sus novelas, á todo lo aplican y á

cada momento los recuerdan. ¿Qué consiguen con esto? Disfractarse de todo otra cosa que no sea su lectura, cobrar fastidio á los ejercicios de virtud, robar el tiempo á éstos para dedicarlo á aquella, y quizá predisponerse insensiblemente para ser víctimas de una pasion.

Repetimos que cuanto hemos dicho es con objeto de hacer ver que en lo general es mejor no leer novelas que hacerlo; pero que esto no es mas que un consejo y que de él no debe deducirse que siempre y en todo caso, es pecado leer aun las mas inocentes. Sobre todo encargamos principalmente á las mugeres honestas que no lean cualquiera que se les presente sin distincion alguna, sino que procuren formar ántes juicio de ella, preguntando á personas instruidas de moralidad y discernimiento.

▶▶▶▶▶◀◀◀◀◀

DIA VEINTIOCHO.

S. Irenéo obispo y S. Plutereo mártir.

S. IRENEO.

Este gran padre de la Iglesia y ornamento ilustre de la cristiandad, nació, segun se asegura, en la Asia Menor, probablemente por el año 120. Sus padres que eran cristianos, lo pusieron luego que tuvo edad bajo la direccion de S. Policarpo, obispo de Esmirna, en cuya escuela se aventajó, no ménos en la virtud que en la ciencia, al grado que siendo aun muy jóven, se dedicó á combatir las heregias de su tiempo, comenzando desde entónces á merecer el glorioso título de *Luz de las Galias occidentales*, y de *El indagador mas diligente de las doctrinas*, con que lo denominaron Teodoreto y el sapientísimo Tertuliano.

Siendo de mas edad fué mandado nuestro santo por S. Policarpo á Leon de Francia, con el objeto de propagar la fé, y allí fué ordenado de sacerdote por S. Potino, su primer obispo. El año de 177 pasó á Roma, como diputado por aquella iglesia, para suplicar al papa no fuesen separados de la comunión católica los orientales, que no se conformaban en práctica con las demas naciones cristianas en el día de la celebracion de la pascua. Consiguó su objeto, y regresando á Leon se encontró con la fieta per-